

Día 1. Nuestro corazón creado para la alianza

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre todopoderoso, tú mismo me has modelado, conoces bien mi masa y te acuerdas de que no soy sino barro. Te pido que, con la fuerza de tu Espíritu Santo, sigas trabajando cada día mi corazón hasta que sea, como tú lo soñaste, a imagen y semejanza del corazón de tu Hijo Jesucristo.

MEDITACIÓN:

Como punto de partida de este camino que comenzamos hacia la consagración al Corazón de Jesús, dirigimos la mirada a nuestro propio corazón para tomar conciencia de cómo es aquello que deseamos entregarle al Señor.

Escuchemos la palabra de Dios en el libro del Génesis:

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo. (Gn 1, 26s)

Desde las primeras páginas de la Biblia, el Señor ya deja entrever cómo es. Se presenta como el señor del universo, el todopoderoso, el que crea de la nada, pero también se muestra como Dios amor: un Dios que ama, única razón que le lleva a realizar la obra magna de la creación. Por eso dice santo Tomás de Aquino: «Abierta tu mano con la llave del amor, surgieron las criaturas»¹

¡Cuánto bien nos hace imaginar esa mano abierta, esa mano que, millones de años después, aparecerá crucificada en un madero y resucitada con una llaga que jamás se podrá cerrar y de la que brotará su Espíritu...!

El todopoderoso toma la función de alfarero, coge en su mano un poco de tierra rojiza, virgen, inmaculada y, con inmensa ternura, empieza a moldearla...y cuando ya ha impreso su ser en ella, le da la vida insuflándole su Espíritu que es un aliento de amor.

El Papa Francisco en la *Dilexit nos*, escribe:

Si en el corazón reina el amor, una persona alcanza su identidad de modo pleno y luminoso, porque **cada ser humano ha sido creado ante todo para el amor**, está hecho en sus fibras más íntimas **para amar y ser amado**.²

Aun cuando uno experimente el gusto de haber vislumbrado algo de la verdad, eso necesita encontrar su culminación en el amor. **Amando, la persona siente que sabe por qué y para qué vive**. (...) Por eso, frente al propio misterio personal, quizás la pregunta más decisiva que cada uno podría hacerse es: ¿tengo corazón?³

A la luz de esta enseñanza, debemos reconocer y creer que la plenitud de nuestra identidad nos la da el amor, el ser personas creadas para el amor, para la comunión y donación en el amor. ¿Buscamos nuestra “realización”? Aquí está la clave, por mucho que la mentalidad de este mundo pretenda vendernos otros eslóganes.

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO Cf. Sent. 2, Prol.

² Carta enc. *Dilexit nos*, n.21

³ Carta enc. *Dilexit nos*, n.23

La naturaleza humana, en su esencia más profunda, consiste en amar. En definitiva, una sola tarea es confiada a todo ser humano: aprender a querer, a amar sinceramente, auténticamente, gratuitamente. Pero sólo en la escuela de Dios esta tarea se cumple y el hombre puede alcanzar el fin para el que ha sido creado. «El arte de las artes es el arte del amor... El amor es suscitado por el creador de la naturaleza. El amor es una fuerza del alma, que la conduce como por un lugar natural al lugar y al fin que le es propio.»⁴ Aprender a amar requiere un largo y comprometido camino. Una etapa importante de él puede ser este que ahora estamos empezando: el «Creced y multiplicaos». Hoy nos ha enseñado que solo hay una forma de crecer: amando. Este es el mandamiento -como dice san Juan- que oímos desde el Principio: «que caminéis en el amor». Esta será la petición de su Hijo poco antes de entregar la vida en la cruz: «Amaos como yo os he amado», y para aprender cómo hacerlo necesitamos fijar los ojos en su corazón.

PROPÓSITO:

Corazón de Jesús, enséñame a vivir este día buscando en todo la unión con Dios, viendo en lo que sucede su amor para conmigo y devolviéndoselo en amor y donación hacia los demás.

JACULATORIA:

Jesús, lleno de bondad y amor, haz mi corazón semejante al tuyo.

⁴ GUILLERMO SAINT-THIERRY. La natura e la dignità dell'amore.